

## Las Crónicas de Margaret

---

Francesca Liz Díaz Molina  
Lago Rapel, Las Cabras

En los recónditos rincones del bosque encantado en la región de Aysén, Chile, se teje una historia mágica que ha perdurado a lo largo de las generaciones. En este misterioso escenario, en medio de la naturaleza exuberante y repleto de secretos ancestrales, vive Margaret, una anciana yerbatera de 80 años. Su cabello ondea al viento mientras se aventura por senderos ocultos, con sus bolsas llenas de hierbas y un legado de conocimientos sobre medicina natural que ha heredado de sus padres.

Acompañada por el susurro de los árboles y el murmullo del río, Margaret ha dedicado su vida a servir a un pequeño poblado llamado Puyuhuapi, donde sus padres solían vivir. Sus remedios naturales, brebajes exquisitos y la venta de hierbas han sido un faro de esperanza para los enfermos. Sin embargo, el destino de esta enigmática anciana da un giro inesperado cuando una pregunta de una niña desencadena una serie de eventos que la llevarán a explorar las profundidades de su corazón y de su propio bosque encantado.

Por el sendero, ella avanzaba con su cabello al viento y sus bolsas llenas de hierbas, arrastrando sus botas viejas mientras caminaba por el bosque hasta llegar a su morada, Margaret, la anciana yerbatera.

Margaret, a sus 80 años, vivía sola en una parte del bosque encantado en la región de Aysén, Chile. Ella había heredado de sus padres el conocimiento de las hierbas medicinales y dedicaba su vida a ayudar a un pequeño poblado cercano llamado Puyuhuapi, donde sus padres habían vivido. La gente la apreciaba mucho, ya que siempre estaba dispuesta a ayudar a los enfermos con remedios naturales, brebajes exquisitos y la venta de hierbas variadas. Un día, una pequeña niña le preguntó: "Señora Margaret, ¿por qué vive en medio del bosque?" La anciana no supo cómo responder y, de regreso a su hogar, pensó que sería bueno vivir acompañada.

Así, decidió mudarse a Puyuhuapi, a la casa de sus padres, que había estado abandonada desde su fallecimiento. Después de una noche de planeación y organización, Margaret se durmió en su mecedora junto a un envolvente fuego en la chimenea.

Al día siguiente, recibió una visita inesperada: la soledad. La soledad le dijo: "Hola, buenos días, Margaret. Supe que pensabas abandonarme y decidí hacerte una visita". Ella, perpleja, la hizo pasar y compartieron un mate con menta, cedrón y cascaritas de naranja. La anciana le respondió, mirando por su ventana con barrotes de metal: "No sé qué decir. Aprecio mucho tu compañía, me has ayudado

a ser más sabia y a cuidar mejor a mis pacientes. Sin embargo, también necesito estar con otros, reír, amar y saber que no estoy sola”.

La soledad, en ese momento, se volvió más serena, bostezó y quiso responder a Margaret, pero el sueño la venció. La anciana aprovechó la oportunidad, y mientras la soledad dormía, tomó sus bolsos, colocó un candado en el picaporte de la puerta, cerró las 3 chapas con llaves, las guardó en sus bolsos y partió hacia a Puyuhuapi.

Era una mañana fría y nublada cuando Margaret se adentró en el bosque encantado y comenzó a perderse debido a la densa niebla. Sin poder encontrar su camino de regreso, se rindió y se posó sobre un tronco cortado. Fue entonces cuando la pereza, el amor de toda su vida, apareció entre los arbustos. Con voz seductora y brazos cálidos, abrazándola por la espalda, le preguntó: "Princesa del bosque encantado, ¿por qué quieres abandonarme?". Ella, perpleja, no supo qué contestar. Sólo disfrutó del momento y se fundió en su abrazo con satisfacción.

Estuvieron toda la mañana, recostados sobre el musgo del bosque. Fue ahí donde la pereza le propuso quedarse juntos en el bosque encantado, pero ella recordó su deseo de vivir cerca de Puyuhuapi. Después de dudar, Margaret le dijo: "Amado mío, cuánto te amo", mientras acariciaba su mejilla. La anciana se levantó y tomó varias flores, le preparó un ramillete y mirándolo a los ojos le dijo: "Te amo y

siempre estaré agradecida de tu compañía y de todas las siestas que juntos tuvimos debajo de estos legendarios árboles". Ella le entregó el ramo y le dijo: "Huele estas hermosas hierbas silvestres". Lo que la pereza no sabía, es que era una variedad de flores mágicas que inducían un sueño eterno y feliz. Cuando finalmente cayó en un profundo sueño, ella se despidió con un beso en la frente y comenzó con dificultad, a buscar el sendero. Fue entonces, cuando una turba de luciérnagas la guió hacia su destino.

Margaret continuó su camino hacia Puyuhuapi, donde encontró a la niña que la había cuestionado anteriormente. Y le dijo: "Hola pequeña, he decidido vivir acá en el pueblo, repararé la casa de mis padres y allí atenderé a mis pacientes", la niña le sonrió y se perdió en la multitud que venía a darle la bienvenida. "Atención todos", dijo la anciana, quien anunció su decisión de vivir cerca de ellos y les ofreció su ayuda con las hierbas medicinales. Las personas estaban agradecidas.

Con el paso de los años, la salud de Margaret se deterioró gravemente, y a las puertas de su morada se formó una larga fila de pobladores que venían a visitarla. La última en entrar fue la niña, quien se sentó a su lado y le preguntó si era feliz. Margaret, reflexionando sobre su existencia, respondió que lo verdaderamente importante no era ser feliz, sino que estar en gratitud y ella estaba muy agradecida de su vida.

La pequeña sonrió con dulzura y le expresó a la anciana que había logrado vencer tanto su soledad como su pereza, que finalmente su misión estaba cumplida. Los ojos de Margaret chispeaban con una mezcla de alegría y sabiduría mientras miraba a la niña con gratitud y entendió que esa muchachita, no era más que el reflejo de su propia niña interna.

La pequeña extendió su mano hacia la anciana, un gesto de conexión y complicidad que simbolizaba la unión de dos almas. Sus manos se entrelazaron con ternura, y en ese momento, sintieron una energía cálida que las rodeaba, una sensación de unidad y propósito compartido.

Juntas, en un abrazo aéreo que desafió la gravedad, se elevaron sobre Puyuhuapi, dejando atrás el suelo terrenal y elevándose hacia los cielos estrellados. Flotaron por encima del bosque encantado que había sido testigo de sus aventuras y, en un instante mágico, traspasaron las fronteras de la luz, explorando dimensiones más allá de lo que los ojos humanos podían percibir.